

# Un derecho más importante que el de poder emigrar

PASCUAL SERRANO

Escritor

RESUMEN: Nadie puede dudar de que el tema de la emigración es uno de los que más polémica y discrepancias genera entre líderes políticos, ciudadanos y medios de comunicación. Para un sector asociado con la derecha y ultraderecha, los emigrantes son gentes que nos quitan el trabajo, atropellan nuestros valores, invaden nuestra cultura y se aprovechan y abusan de las bondades de nuestro estado social. Para otro, asociado a la izquierda, los emigrantes colaboran en nuestro desarrollo económico con su trabajo, nos enriquecen culturalmente y es de principio humanitario acogerlos. ¿Cómo es posible que viviendo en una misma sociedad se tengan visiones tan opuestas de un mismo asunto? El problema para la izquierda es que, frente a esta situación, su único discurso es negar cualquier problema ligado a la emigración y acusar a cualquiera que lo plantee de adoptar el marco de la ultraderecha. La realidad es que hay un sector económicamente acomodado al que le viene bien la mano de obra barata de la emigración y un sector obrero precario al que la emigración le genera una competencia inquietante.

La realidad es que, aunque estas dos visiones citadas tan opuestas pueden estar condicionadas por el baremo ideológico derecha-izquierda, sin embargo, el origen social y cultural no parece que sea tan decisivo para ubicarse en una posición u otra. Hay personas de origen humilde y trabajador que piensan lo primero, y colectivos acomodados y solventes que se posicionan en lo segundo.



Y no solamente es esa la diferencia, además cada grupo impide la mínima disidencia dentro de ellos. Si en un colectivo de derechas defiendes a los emigrantes, te responden que te los llesves a tu casa si tanto te gustan; si desde la izquierda planteas que la emigración puede suponer un problema social, te acusan de asumir el marco de la ultraderecha.

Una de las pruebas de esa intolerancia es la que ha sufrido en Alemania Sahra Wagenknecht, la líder del nuevo partido BSW, una escisión de la Die Linke. Ella ha calificado de *liberales de izquierda* a ese sector acomodado y urbano que defiende «que tenemos que acoger a todo el que quiera venir a Europa o directamente a Alemania y provenga de una región del mundo pobre o políticamente inestable».

Wagenknecht ha levantado ampollas desmontando algunos de los principios de la izquierda proemigración. Por ejemplo, ha desvelado estudios y encuestas que muestran que no son precisamente los más pobres quienes vienen a Europa procedentes de África o Asia, sino sectores que disponían de ingresos por encima de la media de su país, una cierta formación y, por supuesto, fuertes y sanos. Lo cual ya desmonta la tesis progresista de nuestra magnanimidad y bondad defensora de los pobres cuando les acogemos.

También señala la política alemana que las remesas de los emigrantes no son tan milagrosas para la economía de los países de origen y que, por tanto, la emigración no es un buen modelo de ayuda al desarrollo de los países pobres si ven cómo se van los más jóvenes y formados, mientras se quedan los menos capacitados porque «priva a la sociedad de sus miembros más ambiciosos, activos y tendencialmente mejor formados pertenecientes a la clase media-alta».

Pone como ejemplo algo que conoce bien, la emigración desde la pobre Europa del Este a la rica Europa del Oeste. Existen ciudades de Rumanía donde el 90% de la población en edad de trabajar ha emigrado.

Sahra Wagenknecht también afirma que el dinero que se envía para ayudar a que los países empobrecidos salgan de su situación es mínimo comparado que el que se gasta en atender a unos emigrantes que no siempre se pueden absorber en términos de trabajo, vivienda, escuelas o sanidad.

Otro de sus razonamientos es que no todas las clases sociales de los países de acogida se benefician de la inmigración. Para los trabajadores supone más oferta de mano de obra y para los empresarios más facilidad de mano de obra barata y división de los trabajadores, en la medida en que el emigrante no se caracteriza por su participación en reivindicaciones o huelgas.

Todos estos razonamientos han servido para que a esta política alemana y a su partido se los clasifique de xenófobos entre gran parte de la izquierda española y europea. Es decir, de nuevo la negación a escuchar algo que salga del molde establecido.

La escritora y columnista Ana Iris Simón también sufrió la misma acusación de ultraderechista cuando señaló que con la emigración estábamos impidiendo



el desarrollo y avance de muchos países de África al, como decía Wagenknecht, quedarnos con el capital humano más valioso de las regiones de origen.

Hace unas semanas, Arnaldo Otegi, a quien no creo que consideremos ultraderechista, dijo algunas cosas interesantes sobre la emigración. Una de ellas es que:

Emigrar no es el primer derecho, es el segundo; el primero de todo ser humano es vivir con dignidad en el lugar donde ha nacido, porque no se vienen aquí por gusto ni por hacer turismo. Lo que hay que solucionar en África no es cómo traer o cómo vienen los africanos para recibirlos con las manos abiertas, sino cómo ayudar a resolver la situación de un continente sobreexplotado, con pobreza y miseria en el que incluso hay zonas en las que hay niños extrayendo oro en minas. Venir y emigrar es el segundo de tus derechos, el primero es que tienes derecho a vivir en tu país. Y tercero, las comunidades tienen reglas y todo el mundo tiene derechos y obligaciones, los emigrantes y todo el mundo, y si cometes un delito o una actividad antisocial, la comunidad tiene derecho a plantear medidas que protejan a la comunidad. Ese es el marco en el que debe desenvolverse la izquierda.

Yo estoy de acuerdo con cada una de estas palabras, pero me temo que levantarían ampollas si las dijera alguna persona con una trayectoria que no fuera tan indiscutiblemente de izquierdas como Otegi.

El discurso acrítico sobre la emigración que domina en gran parte de la izquierda se escandalizaría con esas afirmaciones, porque para muchos es un tabú señalar que existe algún problema en torno a la emigración.

Lo que sucede con la izquierda buenista respecto a la emigración es que, de los dos derechos que cita Otegi, solo se queda con el segundo que, casualmente, es el que también apoyan los empresarios que necesitan jornaleros y mano de obra. Bueno, y también algunos españoles acomodados a los que les viene bien una asistente doméstica marroquí o un fontanero moldavo.

De hecho, nuestro discurso simultanea afirmar que es cuestión de solidaridad y humanidad permitir que vengan los emigrantes y, a continuación, añade que los necesitamos para trabajar aquí. ¿En qué quedamos? Porque si los necesitamos, entonces ya no hay ninguna solidaridad.

Ana Iris Simón y Sahra Wagenknecht nos recuerdan que quedarnos con los más cualificados o los más fuertes para trabajar en España no tiene nada de solidario e impide que los países pobres avancen, porque nos traemos el capital humano más precioso y necesario en esos países.

Tras la pandemia, el aumento de la demanda de profesionales sanitarios en los países ricos está dejando destrozados los ya precarios sistemas de salud de los países africanos. Los expertos lo consideran «una emergencia de salud global».<sup>1</sup> Entre 400 y 500 enfermeros abandonan Ghana cada mes,

<sup>1</sup> *El País* (21/12/2024), «Un éxodo de enfermeros del Sur Global para socorrer la sanidad de los países ricos», <https://elpais.com/planeta-futuro/2024-12-21/un-exodo-de-enfermeros-del-sur-global-para-socorrer-la-sanidad-de-los-paises-ricos.html>



según las cifras del Consejo Internacional de Enfermeros (ICN por sus siglas en inglés), donde están representadas 130 organizaciones nacionales. Ghana es un caso grave, pero no el único. La contratación de enfermeros de países del Sur global no ha dejado de aumentar tras la pandemia, a pesar de las recomendaciones en contra de la Organización Mundial de la Salud (OMS). Las cifras de la OCDE indican que la entrada de enfermeros extranjeros a países europeos creció en un 72% entre 2019 y 2022.

Los países de origen pierden profesionales sanitarios a un ritmo insostenible. La OMS calcula que en 2030 faltarán 4,5 millones<sup>2</sup> de enfermeros y 310 000 matronas en todo el mundo. Los países más necesitados se encuentran en África y en el Sudeste asiático. La OMS elabora desde 2020 y cada tres años un listado de países<sup>3</sup> de los que recomienda no reclutar por la baja densidad de médicos y enfermeras entre la población, pero esta recomendación no se cumple.

¿Alguien deduciría que la OMS es xenófoba por pedir que no se contraten sanitarios de esos países? ¿Alguien cree que es solidario contratarlos y dejar a la población de esos países africanos sin médicos ni enfermeros?

Quizá desde la izquierda, en nuestro debate cultural, debemos plantearnos la necesidad de que África y Asia se puedan desarrollar sin nuestros saqueos y nuestras bombas. Hace treinta años hacíamos acampadas pidiendo el 0,7 para cooperación, ahora la solidaridad es que vengan los africanos aquí a vendimiar. Ahora, callamos cuando bombardeamos Siria y, a continuación, ponemos pancartas que dicen «welcome, refugiados».

¿Cómo empezamos a cambiar nuestras reivindicaciones de la izquierda? Algunos ejemplos. En los últimos meses, varios países de la región africana del Sahel están empezando a sacudirse la dependencia económica de Francia. Se trata de Argel, Mali y Burkina Faso. Eran países de los más pobres de África, donde Francia extraía todo el uranio para sus centrales nucleares y el oro para su Banco Central. La excusa de la presencia económica (hasta la moneda de ellos era el franco), política y militar era que estaban allí para luchar contra Al Qaeda, pero las tropas occidentales que llevaban veinte años en el país, no han logrado acabar con unos cientos de desarrapados islamistas de Al Qaeda y sus ciudadanos se han cansado de depender de un país que no resuelve el motivo por el que estaba diezmando sus arcas y apropiándose de su soberanía.

Ahora, los nuevos gobiernos han expulsado a los franceses, han nacionalizado sus minas, desarrollado las infraestructuras y comenzado a expulsar a Al Qaeda de sus refugios. Y estos países han hecho una denuncia en el Consejo de Seguridad de la ONU y en la Asamblea. Han denunciado que el armamento

<sup>2</sup> Sitio web de la World Health Organization, «Nursing and midwifery», <https://www.who.int/news-room/fact-sheets/detail/nursing-and-midwifery>

<sup>3</sup> Sitio web de la World Health Organization, «WHO health workforce support and safeguards list 2023», <https://iris.who.int/bitstream/handle/10665/366398/9789240069787-eng.pdf?sequence=1>



que Occidente está enviando a Ucrania es reenviado por Ucrania a las milicias de Al Qaeda en África para combatir a estos gobiernos que no nos gustan en Europa. No parece que nuestra «ayuda internacional» les esté favoreciendo en el desarrollo.

Observen este discurso:

El franco CFA es la moneda que Francia impone de forma colonial y como forma de vasallaje a catorce países africanos mientras explota los recursos de esas naciones. Esta es la foto de un niño que trabaja extrayendo oro en Burkina Faso, una de las naciones más pobres del mundo. Para Burkina Faso, que posee el oro, Francia imprime moneda colonial. A cambio, Francia pretende que termine en las cajas del erario francés, el 50% de todo lo que Burkina Faso exporta. El oro que este niño debe extraer de las minas termina en las cajas del Estado francés. Entonces la solución no es tomar a los africanos y traerlos a Europa, la solución es liberar a África de ciertos europeos que la explotan y permitirles a esas personas vivir con los recursos que poseen.

¿Nos parece un discurso compatible con el ideario de la izquierda? Yo creo que sí, que es un discurso válido para nosotros, de hecho, es similar al de Otegi citado anteriormente. Entonces, ¿por qué es Georgia Meloni la que dijo esas palabras hace dos años y no la izquierda? ¿Estamos adoptando el marco ideológico de la ultraderecha si decimos que «la solución es liberar a África de ciertos europeos que la explotan y permitirles a esas personas vivir con los recursos que poseen»?

Probablemente a la ultraderecha no le interese lo más mínimo liberar a África y solo use ese discurso para combatir por razones xenófobas la emigración, el problema es que le hemos dejado el discurso de la liberación de los países pobres a la ultraderecha y nosotros nos hemos quedado con el simple y fácil «welcome, refugiados».

El pasado agosto, Pedro Sánchez viajó a Mauritania. Uno de sus objetivos fue la firma con el gobierno de ese país de un acuerdo para que en sus aguas pesquemos los barcos españoles y, evidentemente, ya no los mauritanos. Quizá si los mauritanos tuvieran acceso para pescar en sus aguas podrían sobrevivir sin necesidad de salir de su país.

En noviembre, llegó al gobierno de Senegal un líder y un partido soberanista panfricano, Bassirou Diomaye Faye, de Patriotas Africanos de Senegal por el Trabajo, la Ética y la Fraternidad. Faye se alzó en el poder en marzo promoviendo el patriotismo económico y renegociar los contratos de explotación minera, petrolera y pesquera. Una de sus primeras decisiones fue no renovar el acuerdo pesquero con la Unión Europea,<sup>4</sup> que afecta principalmente

---

<sup>4</sup> *Público* (30/11/2024), «Fin al acuerdo de pesca Senegal-UE: ¿se acaba una de las causas de la ruta canaria de la migración?», <https://www.publico.es/internacional/acuerdo-pesca-senegal-ue-acaba-causas-ruta-canaria-migracion.html>



a buques españoles y franceses. El acuerdo permitía pescar 10 000 toneladas al año de atún y 1750 toneladas de merluza. En Senegal la tasa de paro supera el 20% y el 45% vive en la pobreza extrema. Ahora algunos podrán trabajar y comer pescando ellos ese atún y esa merluza.

En las costas somalíes, los países ricos han puesto en marcha patrullas militares navales organizadas actualmente por la Operación Atalanta de la Unión Europea, y antes por la Operación Escudo del Océano de la OTAN. El objetivo es proteger a los grandes barcos pesqueros occidentales y combatir a los que llaman *piratas somalíes*, que no son otra cosa que los pescadores artesanales de Somalia a los que los países desarrollados les están robando el pescado de sus mares.

Huelga decir que la izquierda europea no está denunciando el espolio de los mares africanos a costa del hambre de la población local, ni está reconociendo que combatir ese espolio es la verdadera forma de ayudarles a que, como decía Otegi, se pueda cumplir su derecho a vivir en su propio país.

Cuando el rey Mohamed VI tiene una región del Rif que va a explotar de protestas porque no pueden soportar la pobreza, elige 200 mujeres y las propone a las autoridades españolas como mano de obra para cosechar fresas en Huelva. Así logra aplacar la indignación de esos miserables pueblos. ¿A quién estamos ayudando con esas mujeres emigrantes? ¿Puede desarrollarse el Rif de esa forma?

Ya son varias las voces desde la izquierda que comienzan a no conformarse con el discurso buenista. El secretario general de UGT, Pepe Álvarez, dijo en una entrevista<sup>5</sup> en septiembre: «Antes de ir a buscar a nadie hay que dar empleo a nuestros parados y a los “sin papeles” en España».

Y así llegamos a la cuestión de los trabajadores en nuestros países. Tras las elecciones estadounidenses, la escritora de origen marroquí Najat El Hachmi analizaba<sup>6</sup> por qué una parte del electorado latino en Estados Unidos había votado a Donald Trump. Señalaba que, efectivamente, la estigmatización del recién llegado no es más que una estrategia de la derecha para convertirlo en chivo expiatorio, un modo de hacer que una mayoría canalice el malestar provocado por las desigualdades económicas hacia quien menos poder tiene sobre el sistema. Es un engaño de la derecha para ocultar las consecuencias del ultraliberalismo económico sobre los trabajadores.

Pero, a continuación, aclara:

---

<sup>5</sup> *El Español* (02/09/2024), «Pepe Álvarez: “Antes de ir a buscar a nadie hay que dar empleo a nuestros parados y a los ‘sin papeles’ en España”», [https://www.lespanol.com/invertia/economia/empleo/20240902/pepe-alvarez-ir-buscar-nadie-dar-empleo-parados-sin-papeles-espana/882162033\\_o.html](https://www.lespanol.com/invertia/economia/empleo/20240902/pepe-alvarez-ir-buscar-nadie-dar-empleo-parados-sin-papeles-espana/882162033_o.html)

<sup>6</sup> *El País* (22/11/2024), «Inmigrantes contra inmigrantes», <https://elpais.com/opinion/2024-11-22/inmigrantes-contra-inmigrantes.html>



Si yo siguiera trabajando en la fábrica pendiente de si me renuevan o no el contrato o me sustituyen por otro operario que acaba de aterrizar, mi perspectiva sería muy distinta. En la base de la pirámide la competencia es feroz y quienes más sienten la presión de la inmigración no son las élites en puestos de mando ni la clase intelectual ni los residentes en los barrios altos (aunque ellos también votan derecha y extrema derecha por ideología y porque les conviene enfrentar a pobres contra pobres).

Termina diciendo que «es lógico que la competencia directa comporte miedo cuando sabes que el otro estará dispuesto a aceptar condiciones de trabajo que a ti te costó años conseguir. Aunque el responsable es el empresario que paga menos y explota, si estás entre los sectores que más presión reciben va a ser difícil que te pongas a defender los derechos de quienes están dispuestos a renunciar a ellos».

Sahra Wagenknecht recuerda que, en el siglo xx, «cuanto más organizados estuvieran los sindicatos en una rama industrial, más estrictas eran las limitaciones. En algunas ramas incluso se prohibía totalmente la contratación de inmigrantes. No lo hacían por ser racistas (que es la difamación que sufrirían hoy si siguieran una estrategia similar) sino porque era la única manera de conseguir mejores salarios y mejores condiciones laborales para sus miembros».

Hoy, además de que los sindicatos son más débiles, Wagenknecht señala que el relato de la izquierda liberal sobre la obligación de aceptar el cosmopolitismo y la diversidad ha hecho que los sindicatos apenas se atrevan siquiera a señalar el problema que supone la contratación de inmigrantes. A día de hoy, los trabajadores nacionales y los inmigrantes compiten directamente los unos contra los otros en muchas ramas industriales». Es una realidad que «la heterogeneidad en las plantillas ha llegado a ser tan grande que las luchas laborales conjuntas se han vuelto difíciles y escasas».

Reconocer esto no es ser xenófobo ni aceptar ningún marco de la ultraderecha, es comenzar a pensar en cómo afrontar un debate, un conflicto y también un problema que tiene la izquierda: no ver cosas que sí están viendo muchos trabajadores y de las que la ultraderecha se está aprovechando mientras nosotros, con nuestra ceguera, nos estamos hundiendo.

Todo esto también es una guerra cultural, una guerra de relato, como gustan ahora llamar, que debemos abordar. Porque se habla mucho de la libertad de movimiento para ir a vivir desde un suburbio de Nador a un suburbio de Sevilla, pero poco de la libertad de movimiento para ir a vivir desde Vallecas a La Moraleja, esa falta de libertad ya nadie la cita ni la reivindica. ★

